

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 128.

Alicante 3 de Mayo de 1873.

Año IV.

LA CRUZ.

El Emperador Majencio á la cabeza de ciento ochenta mil combatientes, salia de Roma en busca de Constantino, allá á principios del siglo IV. No ignoraba Constantino la superioridad de fuerzas de su adversario, y temió una derrota segura sin un auxilio superior. No era del caso una cobarde retirada; y así, lleno de fé en el Dios de los cristianos, elevó su alma confiada á la omnipotencia de los cielos.

Brillaba el sol con todos sus esplendores á la mitad de uno de esos dias en que el firmamento, segun Mr. de Chateaubriand, se parece á un lienzo preparado para recibir la inspiracion de un pintor. Sobre el fondo del sereno azul que se pierde en los horizontes apareció á las miradas de Constantino una cruz mas brillante que el astro del dia, orlada de una inscripcion que decia así: *con esta señal vencerás.*

Pocos dias despues el mismo Constantino, alentado por esa ciega confianza que inspira la verdadera fé, se presentaba ante Majencio precedido de la cruz riquísima que

habia hecho labrar, á semejanza de la que apareció en los aires en los momentos de su indeciso temor. Este *Lábaro*, llevado por los mas valientes y piadosos de sus oficiales, era como la enseña de la segura proteccion de lo alto. Cada legion llevaba ante sí un estandarte parecido, y el monograma del Salvador del mundo fué esculpido en todos los broqueles de los soldados.

En las orillas del Tiber se dió la gran batalla, en la que arrollado el ejercito de Majencio, batidos y dispersados sus restos, ahogado el mismo Emperador en el memorable rio, presenció el mundo la mas completa de las victorias.

Las puertas de Roma franquearon el paso al vencedor.

La estatua de Constantino levantada en el sitio mas público poco despues, ostentando en su mano el signo de nuestra redencion, conmemoraba hecho tan portentoso é inaudito.

Las miserables reliquias del paganismo fueron en breve desapareciendo, al impulso irresistible de la fé cristiana y á los repetidos esfuerzos del Emperador favorecido por la cruz. Despues de las horribles y

sangrientas escenas de Neron y Diocleciano; tras las tenebrosas borrascas que habian descargado sobre el cristianismo en aquel imperio de crímenes y de sangre, apareció por fin el signo de amor y de paz, como el iris de las nubes que anuncia lejána la tempestad que pasó.

Aquella era de crueldad y de barbarie habia revestido á la Iglesia Santa del carácter sublime de una reina mártir é invencible; sus hijos inmolados en aras de la más estúpida supersticion habian entregado sus vidas en testimonio de la verdad cristiana, mientras el fundador de la eterna obra de la fé preparaba el dia sereno de una victoria sin ejemplo.

Ya no fué la cruz el vil instrumento que recibia los lacerados miembros del criminal condenado á muerte; ya no se levantó fatídica sobre la cumbre de la montaña ostentando el desnudo y miserable cuerpo del flagelado reo; sino que gloriosa y aclamada como señal de salvacion y de triunfo, bendecida y venerada como emblema del amor del Hijo de Dios, ha venido desde entonces consagrando la noble frente de los guerreros cristianos, el casto seno de las vírgenes, la diadema de los monarcas y las soberbias cúpulas de las cien mil basílicas cristianas.

Después de la derrota de Majencio, á la que sucedió la del emperador de Oriente, Licinio, y dueño Constantino de los dos imperios, procuró estender en ellos la fé cris-

tiana. Su madre era su inspiracion constante; mujer de una virtud inquebrantable, de una piedad encantadora, acometia empresas dignas de una mujer de verdadero génio. Bullia en su mente una idea. Jéscristo habia sido crucificado sobre el Gólgota. La cruz en que fué enclavado el Hijo de Dios, debería estar no léjos de aquel monte, sobre el cual habian pasado tres siglos: no era mucho, y quizás bajo las ruinas que habian amontonado allí los gentiles para borrar la memoria de la redencion, quizás bajo el marmóreo pavimento del templo de Venus, levantado allí como irrision del pudor cristiano, se hallarian rastros de la joya deseada con entusiasmo: allí estaba. Después de demolido el gentílico templo, socavado el suelo hasta encontrar algo que estuviese de acuerdo con la tradicion antigua, se tropezó por fin con un sepulcro; cerca habia tres cruces y una tabla que contenia la inscripcion que hizo fijar Pilatos sobre la cruz del Nazareno; pero ¿cuál de los tres maderos habia sido el dichoso lecho donde vencida la muerte habia comenzado la vida; redimida la esclavitud humana, habia sido comprada su libertad á precio de sangre divina? Esta duda tan natural, tan difícil de resolver, contristaba el ánimo de aquella emperatriz, parecida á Magd lena cuando buscaba impaciente á Jesús, cuyo cuerpo no halló en el vacío sepulcro al rayar el alba del Domingo.

San Macario, obispo de Jerusalen, calmó la impaciencia santa de aquella mujer verdaderamente cristiana, formando una resolución, hija sin duda de la inspiración divina. Aplicadas las tres cruces á una enferma que agonizaba en aquella ciudad, quedó repentinamente sana al contacto de la tercera, que no pudo menos de reconocerse como la cruz de la Redención.

En la plaza principal de Constantinopla, y sobre una magnífica columna de pórfido, se dejaba ver pocos años después la estatua de Constantino, en la cual estaba embutida una porción del *leño santo*, conteniendo en su pedestal esta inscripción: «*Cristo mi Dios, yo te encomiendo esta ciudad.*»

Hé aquí lo que conmemora hoy la Iglesia, estimulando la fé de los hijos de la cruz á no desviarse de los misterios que ella encierra, y á esperar las victorias que promete contra las asechanzas del vicio y del error.

MAYO.

Bien venido el mes de las flores. La naturaleza le saluda con la belleza de sus encantos. Las rubias mieses estendidas á sus pies como una alfombra de oro anuncian la llegada de la hermosa y rica primavera. Los vagos y embalsamados suspiros de las auras, el dulce cantar de las aves al ocultar el sol su refulgente disco, el lento murmu-

rar de caudalosa fuente, el alegre cantar del campesino al buscar la sombra de su humilde techo, el eco repetido del pastor que conduce su rebaño, todo anuncia el concierto feliz que se combina en primavera, para que en ella resalten las bendiciones del Criador sobre el hijo de este valle. Sin las pasiones desencadenadas con salvaje furia, sin los trastornos causados por el hombre mismo, sin ese desacuerdo social, esa lucha de ideas encontradas, de intereses opuestos, ese casi total olvido del cielo, aun la tierra sería paraíso de muchas y honestas delicias.

La Iglesia, cuyo sabio y elevado pensamiento escoge el tiempo oportuno para sus grandes conmemoraciones; que se desentiende de las revueltas sociales y lucha con decisión por atraer á la humanidad hácia su Eden perdido, consagra el mes mas florido del año al mas delicado objeto, cautivando hácia él el corazón de sus hijos. El mes de las flores es también el mes de María. Ha pasado el invierno con sus hielos y sus rigores, y vá á ser coronada la vírgen de Sion con los símbolos de su misma pureza, las imágenes de su misma incomparable hermosura. Los templos de la ciudad grandiosa, el santuario de la aldea y la imagen solitaria de los campos levantada sobre tosco pedestal en el centro de una comarca, tendrán guirnaldas de flores y cánticos de amor filial para la *Rosa Mística*, que fué honor del

linaje humano y complacencia del amor divino.

Para la hija de Sion ha pasado el crudo invierno con sus nieblas, y la serena estacion de los azahares y las rosas, los jazmines y los lirios, ofrece á la Esposa mística rica alfombra para su trono y limpidísimas corrientes, espejos de su pulcritud; pero ella sin desdeñar la ofrenda de los hijos de la tierra, busca en el fondo de su corazon las inmarcesibles flores de la virtud, y los estimula á que las hagan brotar de esa tierra invisible.

«Venid, vamos todos con flores á porfía cerca de la Madre de Dios, que Madre nuestra es,» dice el eco de los templos, el canto de la aldea, el coro de la infancia. Y Ella responde entre las perfumadas auras de los mas ricos pensiles: «yo soy la Madre del mas hermoso de los amores y la mas risueña de las esperanzas.»

Poesías dedicadas á la Virgen, y recitadas por las niñas en el mes de Mayo al ofrecerle flores y coronas. (1)

Ofrecimiento de flores en general.

A tus plantas prosternadas
Y humilladas
Entre cantos de ternura,
Virgen pura,

(1) Estos versos fueron improvisados por sus autores en la última tarde del mes de Abril de 1856.

Te ofrecemos bellas flores
De colores,

Que despiden por doquiera
Grato olor.

Aceptad, Madre amorosa,
Cariñosa,

Admitid, sí, nuestra ofrenda,
Como prenda

Del amor tan verdadero
Y sincero,

Que os ofrece nuestro tierno
Corazon.

—
Idem en particular.

NIÑA 1.^a

¡Oh flores del prado

Pintadas de gualda,

Que en fresca guirnalda

Ceñisteis mi sien!

Mas bellos colores,

Mas dulce ambrosía

Honrando á María

Hoy, flores, tened.

—
NIÑA 2.^a

Madre de paz y ventura,

Del afligido consuelo,

Brillante astro que al suelo

Deslumbras con tu esplendor!

Ofrecer quiero á tus plantas,

Pintadas de mil colores,

Hermosas y tiernas flores,

Eterno y puro mi amor.

—
NIÑA 3.^a

Junto al plácido arroyuelo

De dulcísimos murmullos

Crecian estos capullos

Que aquí entre mis manos ves:

Arrancándolos al prado,

Traerlos quise, Señora,

Para que sirvan ahora

Como alfombra de tus piés.

NIÑA 4.^a

Para que ciñan tu frente
Busqué anhelante estas flores;
Con ellas van mis amores,
Con ellas mis sueños van.
Quizás marchitas las rosas
Color pierdan y ambrosía;
Mis amores, Madre mia,
Eternos siempre serán.

NIÑA 5.^a

Hasta tí, Virgen excelsa,
Del pecho afligido calma,
Sueño divino del alma,
Célico encanto de amor,
A ofrecer vengo estas flores,
Y en ellas también te envío,
Sacada del pecho mio,
La rosa que hallé mejor.

NIÑA 6.^a

A tí que hermosa y divina
Brillas en el alto cielo,
Te pido, Reina, consuelo,
Y te pido protección:
En cambio mil flores bellas
Yo te ofrezco en este día,
Y te ofrezco el alma mia,
Y te ofrezco el corazón.

NIÑA 7.^a

A tí, Madre cariñosa,
No creo pedir en vano
Que me conduzca tu mano
Por este mundo al través;
Y yo elevaré cantares
De promesas amorosas,
Y mirto, clavel y rosas
A ofrecer vendré á tus pies.

NIÑA 8.^a

A tí, consuelo del mundo,
Portento de la hermosura,

Que miras desde la altura
Mi alma y mi corazón,
Ofrecer quiero este día
Hermosas y bellas flores
En cambio de tus amores,
En prueba de mi pasión.

NIÑA 9.^a

Hoy que á tus pies, Virgen pura,
Estas flores arrojamos
Y nuestra voz elevamos
Hasta tu célico Eden,
Te pedimos, Madre mia,
Que nos prestes tu consuelo,
Para que un día á ese cielo
Nuestra alma suba también.

NIÑA 10.^a

Al ver tu trono, Madre querida,
Mi pié dudoso trémulo avanza
A ofrecer, Reina, mi pobre vida
Con mis ensueños y mi esperanza.
Toma estas flores que el alma pura
Quiere que bellas su aroma den:
Ruégote, Virgen, que yo á tu altura
Cual su perfume suba también.

Ofrecimiento de coronas en general.

A tí, María,
Del cielo empíreo
Sol y alegría,
Doncellas púdicas
Te ofrecen férvidas,
Emblema tierno
De sus amores,
Bellas guirnaldas de bordadas flores.

Idem en particular.

NIÑA 1.^a

A tí llego con temor,
Virgen excelsa y divina,
Que te sientas peregrina

Junto al trono del Señor:
Aquesta ofrenda de amor
A tus pies rinde mi celo;
Tu bendicion y consuelo
En cambio pido de hinojos,
Fijos mis amantes ojos
En las regiones del cielo.

—
NIÑA 2.^a

Si esta corona formé
Para que ciña tu frente,
Si el amor que el pecho siente
Para tí sola guardé...
Confío no pediré
Inútilmente, María,
Que cuando en el postrer dia
Exhale el último aliento,
No me abandone un momento
Tu proteccion, Madre mia.

—
NIÑA 3.^a

¡Oh fuente de los amores!
¡Oh Virgen cándida y pura!
¿Admitirás, por ventura,
Esta corona de flores?
¿O serán, Madre, traidores
Mis sueños y mi ilusion?
No lo pienso, pues si son
Fugaces sus hojas bellas,
Te envio tambien con ellas
Las flores del corazon.

—
NIÑA 4.^a

Hoy que humillada á tus pies
Corona te ofrezco bella,
No me desprecies porque ella
Ofrenda del alma es.
Por este mundo al través
Mi planta incierta camina;
Cada flor aguda espina
Oculta tiene en su seno:
De mi paso ese veneno
Aparta, Virgen divina.

NIÑA 5.^a

Yo te ofrezco en este dia
Esta corona de flores,
Que tegieron mis amores
Para tu frente, María;
De gratitud, Madre mia,
Que siempre en el pecho tuve,
Envuelto entre blanca nube
El Angel de mi custodia,
Hasta el dosel de tu gloria
Otra corona te sube.

—
NIÑA 6.^a

Brillantes, puras y bellas
Quisiera, Virgen poder,
A tus pies hoy ofrecer
Coronas de mil estrellas:
Mas si no puedo con ellas
Ceñir tu fúlgida sien;
Si indignas de ornar tu Eden,
Estas pobres rosas son...
Mi alma y mi corazon
Toma por flores tambien.

—
NIÑA 7.^a

Como mi pecho latia
En amor puro y ardiente,
Tambien aqieste presente
Traerte quise, María:
Admitelo, Madre mia,
Recompensa mi pasion,
No rasgues, no, mi ilusion
En este dulce momento,
Que de placer y contento
Latiendo está el corazon.

—
NIÑA 8.^a

Si en tí pienso, Madre mia,
Te adora el alma de hinojos:
Si elevo hasta tí mis ojos,
Me ciega tu luz, María:
Solo por esto tenia
De hacer mi ofrenda temor,
Mas tu clemencia valor

Me infundió, Virgen, despues,
Y á ofrecer vengo á tus pies
Humilde prueba de amor.

—
NIÑA 9.^a

Casta esposa del Señor,
Hija del eterno Padre,
Y de Jesus dulce Madre!!..
Latiendo el pecho de amor
Hoy te ofrece con fervor
Esta corona mi celo;
Y te pido con anhelo,
Que de la muerte en el dia
Me prepares, Madre mia,
Otra corona en el cielo.

—
NIÑA 10.^a

Al traer, Virgen divina,
Esta corona de rosas
A ti, que entre las hermosas
Eres rosa peregrina,
Temblando mi pié camina;
¡Ciego ante ese resplandor!
Pero abandono el temor,
Pues pienso que en tu Eden
Mi intencion verás tambien
¡Madre del inmenso amor!

—
NIÑA ÚLTIMA.

Tambien á tus plantas ¡oh Virgen hermosa!
Rendida, á ofrecerte llegar quiero yo
Humilde corona de mirto y de rosa,
Que en prueba de amores mi mano tegió.
Pues ya te imploramos ¡oh casta María!
Tu amparo y consuelo con plácido afañ,
Y envueltas en nubes de incienso te envia
Promesas el alma que eternas serán;
Pues ya te juramos mil dulces amores
Y espira en el pecho cansada la voz,
Hasta que Mayo renazca entre flores,
Enviámoste todas el último á Dios.

Eduardo Gomez y Mazparrota.

Miguel Amat y Maestre

Terrible situacion es la de nuestra querida cuanto infortunada patria, sobre la cual soplan hoy desencadenados los vientos del error.

Oigamos todos á quien tiene, porque Dios se la ha otorgado, mision y poder para conjurar todo linaje de peligros, y apaciguar las mas furiosas tempestades.

La Iglesia, y solo la Iglesia, conoce el mal que amenaza con la muerte á las sociedades modernas.

Por eso la Iglesia, y solo la Iglesia, posee el secreto de curarlas.

El ilustre Obispo de Badajoz habla asi:

«Obispado de Badajoz.—Señor Cura de... Honda sensacion, mi amado señor Cura, acaban de producir en nuestro ya afligido espíritu los tristes sucesos que en los dias anteriores han presenciado varios pueblos de esta Diócesis con otros de la provincia. Y en verdad, que cuando una guerra fratricida se deja sentir en diferentes localidades, y las mas hermosas campiñas véense teñidas con sangre de muchos de nuestros hermanos; cuando el genio de la discordia, atizado por la preocupacion y el capricho de los partidos, se deja sentir por todas partes; cuando el espíritu del error ha conseguido empuñar el cetro de soberano en no pocas y aventajadas inteligencias, declarando guerra al Dios tres veces Santo, y la inmoralidad, auxiliar y precursor suyo en el camino del mal, ha invadido el recinto de muchos corazones; cuando, en fin, tan vasto y desconsolador cuadro venia representándose en nuestra atribulada patria, hé aquí que, con tanta sorpresa como dolor, hemos venido á ser testigos de una nueva calamidad, tanto mas sensible, cuanto más trascendentales consecuencias entraña para el porvenir de

esta pacífica y laboriosa provincia de Badajoz, cuyo fértil suelo, bendecido por Dios, ha provisto siempre á las necesidades de sus habitantes consagrados al cultivo de sus campos.

Sí, señor Cura, es un hecho bien triste por cierto: masas mal aconsejadas, almas seducidas por una idea nueva, muy distante de significar en su legítima acepción lo que con su conducta esplican espíritus arrastrados por pasiones innobles, hánse permitido, amparadas por el irresistible empuje de la fuerza, pasear á su arbitrio la devastacion y la ruina por nuestros productivos campos, llevando á la vez la perturbacion y el temor al ánimo de cuantos contemplan la pérdida de sus capitales, consagrados, como sabemos, en su mayor parte segun los designios de la Providencia, al sosten de aquellos mismos que con atrevida mano los destrozan y aniquilan.

¿Y por qué todo esto? Si escuchamos á los autores de tan deplorables desmanes, ellos nos dirán, que encontrándose lastimados en sus legítimos derechos, aspiran á reivindicarlos por medio de la manifestacion imponente, de una manifestacion tan libre como soberana. Sea así; pero cuando por la misericordia de Dios habitamos dentro de una sociedad organizada, dotada de leyes y de tribunales encargados de aplicarlas, y de amparar al oprimido y defender los derechos lastimados, no es seguramente, en nuestro entender, el movimiento avasallador, la destruccion y el incendio, el medio mas adecuado para recabarlos: siendo esto tan cierto, que nadie de buena razon podrá ponerlo en duda, sin colocarse en contradiccion consigo mismo.

Y si apartando nuestra mirada de tan tristes hechos, súbito nos remontamos al exámen de la causa originaria que

ha debido producirlos, hallaremos, bien á pesar nuestro, que las funestas teorías acerca del derecho, la sociedad y el Estado, y los equivocados conceptos impresos á las ideas por el materialismo, sensualismo y panteísmo, han venido, á no dudarlo, á ser la causa de los pesares que abruma á la sociedad moderna. Rousseau habia dicho que el estado social no es ventajoso á los hombres, sino en el caso de que todos posean algo, y ninguno demasiado. Owen, arrastrado por esta especiosa teoría, haciendo á los hombres iguales en inteligencia, en deseos y en goces, desechando la libertad y responsabilidad humana, aspiró á fundar una sociedad en la que no existia elogio ni recompensa, ni reprension ni castigo, y recibiendo todos una misma instruccion, y siendo iguales bajo el punto de vista de carácter é intereses, viviese solo por la comunidad de los bienes como una sola familia, sin distincion de particulares familias.

Semejantes utópicas teorías nos indican, Sr. Cura, bien á las claras, que cuando el hombre niega al capricho la existencia de un principio espiritual preexistente, tan soberano como independiente, no es extraño pretenda llevar á cabo una organizacion social tan absurda como imposible; pero que generalizada, para desdicha nuestra, tan funesta idea, reformada mas tarde por Proudhon y Cabet, entre las masas inconscientes, asequibles casi siempre al movimiento de las pasiones que encantan, es lo cierto que ella ha venido á causar los hechos que la sana razon reprueba, y que con dolor todos deploramos.

Inútil ha sido, señor Cura, que el hombre de ciencia reflexiva, que el hombre sensato y de buen criterio, aun haciendo abstraccion de los grandes principios

sentados por el Cristianismo, haya sostenido que esa tan decantada comunidad de bienes es impotente al bienestar de la comun familia; que sobre la sociedad general existe además en el fondo de la naturaleza humana otro derecho indestructible, esencial y necesario, el sagrado derecho de la persona, el *yo* individual, sustancialmente distinto de cualquier otro derecho; que este principio de personalidad individual debe también ser satisfecho en la esfera material de las cosas, hasta el punto de poder manifestar cada uno su libertad personal, su manera de ser, pensar, sentir y querer en los modos de adquisición y disposición relativos á los bienes de la naturaleza. Y, por último, que la propiedad es el reflejo de la personalidad en el mundo exterior, á la vez que su economía jurídica.

Esto no obstante, el error ha sorprendido no pocas inteligencias, se ha apoderado de muchos corazones, el padecimiento corroe las entrañas de la sociedad con crecimiento inusitado, y hoy tocamos ya sus terribles consecuencias.

Si dejando por un momento el exámen de la causa originaria de los hechos, nos trasladamos al que los mismos nos ofrecen bajo el punto de vista católico, no podemos menos de convenir en la gran calamidad que entrañan, con la injusticia y perpétuo trastorno que ocasionan. Porque, no hay que dudarlo, Dios, despues de haber criado al hombre, lejos de dejarle á merced de las privaciones, complacióse en abrir los ricos tesoros de su omnipotencia para el remedio de sus necesidades, así materiales como morales. Razon por que apenas ve á su criatura predilecta próxima á ser el juguete de desordenadas pasiones, viene en su ayuda, concediéndole su gracia para que someta á su imperio el impe-

rio de su enemigo. ¡Qué extraño, pues, que al tratarse de lo terrenal, coloque sobre su frente la amenaza constante para que respete y le respeten los humanos intereses? Sí, señor Cura, la ley del trabajo ha sido impuesta por Dios á sus criaturas como una ley capital é indeclinable para alejarse del vicio, y participar á la vez de esa noble condicion que las eleva á la pacífica y dichosa region de las virtudes.

Luego si el trabajo es una ley de Dios con relacion al hombre, deberá éste respetarla en todas sus consecuencias, de las cuales la propiedad es una de las mas importantes por razon de los resultados. Por eso vemos consignado en el divino Código, y con la mas solemne fórmula, el precepto santo de *non furtum facies*, que equivale al mas espreso mandamiento por parte de Dios, en orden á la propiedad; fórmula sublime que encier. a dentro de sí la gran conclusion de la ciencia económica, y que dirigiendo sábiamente el trabajo, viene á convertirlo en un lucro fecundo, positivo y provechoso á todos.

Ahora bien; si con atenta y detenida mirada consideramos á la propiedad en sus relaciones con la mancomunidad de intereses sociales, deduciremos con la mas rigurosa lógica, que todos ellos tienen su mas sólido fundamento en la garantía que viene á prestarles esa anchurosa base de moralidad y de justicia. Y esto que decimos aparecerá mas convincente, si nuestro análisis lo aplicamos al modo de ser que tiene en esta provincia, el cual es evidente que aparece como el mas apropiado al interés comun, y el mas á propósito para estrechar esas mútuas relaciones que deben existir entre el operario y propietario, conforme á las reglas de la moral cristiana.—Veámoslo.

El trabajo para ser fecundo necesita ser libre, y precisamente esta circunstancia la vemos prácticamente en el operario de nuestro suelo, á quien ya la estension de los terrenos, ya la frecuente escasez de brazos, viene á concederle cierto señorío de sí mismo y ventajosa posición respecto al propietario. Verdad es que este podrá capitalizar, mediante su actividad é industria, como capitalizan el industrial y el comerciante; pero aun así, ¿quién no advierte la necesidad providencial aneja al terrateniente, que le obliga á compartir los productos de su capital con el operario, para que este cultive, mejore y fecundice sus campos, llevando solo el propietario la responsabilidad en las contingencias del resultado? Luego al ser lastimada la propiedad, nadie podrá poner en duda que á la vez lo son los intereses comunes del propietario y del operario, alcanzando la lesion á las demás clases del Estado, sin escluir el Estado mismo. Luego el ataque á la propiedad no puede menos de llevar consigo el mas completo desórden, y con él veremos huir la confianza, desaparecer la libertad, esconderse el capital y generalizarse el mal. Confesemos, pues, que, aun bajo el aspecto económico y social, figura el respeto á la propiedad como un bien inestimable y de un indecible valor.

Sí, mi amado señor Cura: preciso es hacer comprender á esta sociedad perturbada, que solo en la religion del Crucificado podrá encontrar el remedio de los males que la aquejan, porque solo ella puede curar el desórden de las pasiones en todos los individuos que la componen; porque ella, y solo ella, esplica los futuros destinos de la criatura y el fin ulterior á que se refiere el órden social. Digámosles á todas esas almas extraviadas con la historia á la vista, que

en las grandes crisis por que ha atravesado la humanidad, solo la religion les ha concedido su libertad, arrancándolas primero, con poderosa mano, de la esclavitud mas terrible y de las miserias del mas pujante paganismo hácia donde hoy, por desgracia, quieren conducirnos de nuevo; derramando despues su brillante y poderosa luz sobre las avasalladoras masas del Norte, hasta transformarlas en un pueblo benévolo y cristiano; y volviéndonos mas tarde á la condicion de un pueblo libre, rompiendo para ello las cadenas con que el bárbaro islamismo nos tenia aprisionados. Digámosles, en fin, que solo conociendo y adorando á Dios y á su Hijo Jesucristo, observando sus santísimos mandatos y apreciando sus beneficios, es como se verán satisfechas nuestras aspiraciones y seremos verdaderamente felices.

Ahora comprenderá V., mi querido señor Cura, con cuanta razon instábamos en nuestra circular de 19 de Enero del presente año, sobre la necesidad de desplegar un ardiente celo para instruir en los fundamentos de la Religion á los que no ven, ó no quieren ver, las bellezas de la bondad divina, por cuyo medio el corazon vive interesado en el bien, y el alma se eleva inmediatamente hasta la region de lo infinito, donde contempla su porvenir y logra de este modo hacer desaparecer la ignorancia de las verdades de la fé, que por regla general abre el paso á la profunda corrupcion de las pasiones degradantes, sujetando al hombre á la vida de los sentidos.

Por eso decíamos en aquel mismo escrito, y hoy consideramos necesario repetir: «Por eso tenemos que apelar á un esfuerzo supremo, para devolver la elevacion de su legítima dignidad al hombre dominado por los vicios. Es necesario que iluminemos su embotada inteli-

gencia con el brillo de la luz misteriosa que brota del fondo de esa ciencia encantadora, de lo sobrenatural y divino. No omitamos para ello medio alguno de cuantos conducen á esponerle con sencilla claridad las verdades fundamentales de la Religion, suministrándole á la vez un conocimiento exacto sobre las reglas de la moral cristiana; hagámosle comprender cual sea la altísima misión de la iglesia—que benigna le ha recibido en su seno—y que le ama con entrañable ardor, para hacerle partícipe de los copiosos frutos de la religion.

Conviene, señor Cura, que ya desde el púlpito, ya por otros medios que la prudencia le aconseje, haga entender á los fieles puestos á su cuidado estos nuestros sinceros sentimientos y deseos, como medio poderoso que habrá de servirles para la consecucion del beneficio de la paz, y para poder resolver el gran problema que hoy se plantea, y que está llamado á producir males sin cuento, si lejos de observarse la ley Santa del Señor, se prescinde de ella, y se rompe los vínculos que deben unirnos bajo una misma fé y una misma caridad. Grande es la confianza que abrigamos de que nuestro llamamiento y la voz de nuestros párrocos logrará lo que al presente nos proponemos, inspirándonos esta creencia la idea que tenemos de la proverbial docilidad de nuestros pueblos. Mas, si por desgracia comun así no fuere, entonces retirémonos á la soledad, para allí llorar nuestra desolacion y nuestra ruina, que son de temer, segun la prediccion de Jeremias, cap. 12, v. 17, por estas palabras: «Pero si no atendieren á la voz del Señor, destruiré y aniquilaré aquel pueblo en castigo de su obstinacion.» *Quod si non audierint evellam gentem illam evulsione et per-*

ditione. No quiera el cielo que tamaños males vengan sobre nuestros pueblos queridos, para quienes deseamos las mayores felicidades, á fin de que reconocidos al Señor, se vuelvan á él y se conviertan. Entonces nuestro gozo seria completo y alabariamos á Dios, porque se habia dignado escuchar en su misericordia nuestras humildes, sí, pero fervientes plegarias.

Recomendándose á sus oraciones, se repite de V. señor Cura, su afectísimo el Obispo de Badajoz.—Badajoz 19 de Marzo de 1873.

VARIEDADES.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,

por el Pbro. M. Lamazon.

Traduccion de D. Carlos Maria Perier.

PRIMERA PARTE.

La Plaza de Vendome.

Difícil seria encontrar en la historia de las revoluciones humanas un espectáculo tan grotesco y repugnante á la vez, como el que ha venido á ofrecernos la tan famosa *Commune* de Paris. Nacida entre charcos de la sangre derramada al ingreso de la plaza de Vendome, manchó tambien su feroz agonia con las horribles matanzas de la Roquette. Testigo yo de los dos sangrientos dramas, haré su narracion con gran parsimonia de consideraciones y con entera exactitud en todas sus circunstancias; aunque por mi propósito de no contar sino lo que ví, corra el peligro de dejar incompleta la verdad que refiero. No por eso omitiré, al hablar de la prision de Mazas y las matanzas de la Roquette, el hacer

mencion, aunque con sobriedad, de algunos incidentes cuya certeza me aseguraron los compañeros de mi cruel cautiverio. Los hechos, además, hablan con tanta elocuencia, que los comentarios sólo servirían para debilitar su expresivo lenguaje. Dejo, pues, á mis lectores la tarea de hacer las deducciones morales y sociales á que dan lugar, advirtiéndoles que la primera narracion que se refiere á los sucesos de la plaza de Vendome en la segunda quincena de Marzo, fué redactada pocos dias despues de haberse verificado.

Sin embargo de que los principios de la *Commune* no han dado por entero la medida de los horrores sin nombre que atrajeron sobre su fin la execracion y los baldones de los pueblos civilizados, he creido que no debia alterar en nada mi relacion primera. Quizás no parezcan bastantes severas algunas de mis observaciones, ni otras del todo justificadas por los acontecimientos: no obstante, las entrego al público tales como las confié al papel mas de dos meses hace.

Si se compara la narracion de fin de Marzo con la de fin de Mayo, se tendrá una idea exacta, y aun me atrevo á decir una fiel fotografía, de la situacion revolucionaria de Paris al comienzo y á la conclusion de la *Commune*; y de este modo se podrán apreciar los progresos que hizo durante tan breve período una brutal revolucion, implacable enemiga de todas las instituciones divinas y humanas.

A pesar de la emocion grande, mezclada de horror y repugnancia, que experimento al recuerdo de los hombres y las cosas, de que he de hablar, permítaseme que manifieste dos sentimientos que en lo profundo de mi alma dominan á todos los demás: un acrecenta-

miento de leal simpatía hácia el infortunado París que cada momento se presenta por sus mismas inesplicables desgracias más digno de mi cariño, y una ferviente gratitud á la misericordia infinita de Dios, que contra toda prevision humana me ha librado de las balas de una turba de asesinos, más procaces, y sobre todo mas vulgares, que sus predecesores del año 93. En cuánto á las lecciones sociales y religiosas, que importa deducir de tan dramáticos y extraordinarios sucesos, cuento, segun he manifestado ya, con el buen juicio y la clara inteligencia de los hombres honrados.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto. Por la tarde el ejercicio del mes de Maria á las cinco. En Santa Maria por la mañana á las siete misa de primera comunion de los niños: á las ocho y media misa mayor. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho. En la Misericordia á las ocho, misa mayor con sermon que predicará don Francisco Perez, beneficiado de la Colegial, en honor á Nuestra Señora del Rosario.

Mártres.—En las Agustinas misa de renovacion á las siete y media.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las seis y media, y por la tarde á las cuatro y media trisagio.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las siete y media.